

EL POETA Y EL YERMO

Por Luz Pozo Garza

A la memoria de Noriega Varela.

El poeta subía a la montaña con la gracia ingenua de un nuevo profeta. Sus pies doblaban la leve caricia de las matas y de las hierbas. El aire era un inmenso pájaro sin vuelos dormido en la cuenca del alba. "O lonxe, solene silencio entorpece os pinos, pra que en voz baixa se queixen". Las piedras tienen la carne endurecida bajo las heladas, cortantes como coitelos recién afiliados en Orense.

El poeta tiene dos estrellas: una en la frente y otra en el corazón. Pero el lucero de su corazón está palpitante y rojo igual que una amapola silvestre entre los trigales. Camina, abrazando el aire, coronado por extraña brisa cenicienta. La brétema asciende delante de él, como un guía ingravido y los campos robustos se van encendiendo de verde en los valles lejanos. Los maizales, entre la opulencia de

su verdor, perfilan rubias mazorcas recién nacidas. Rojas manzanas, como mejillas de adolescentes montañesas, palpitan tíbicamente sobre las pupilas cristalinas de los regatos.

Los ojos del poeta están ébrios de luz igual que dos volvoretas doradas a la luz de un candil aldeano, pero esperan algo que el paisaje les ha negado.

Ahora las rocas como enormes violetas insepultas muestran su dorso a la luna de los pájaros veloces. La mano del poeta sabe de la caricia inefable del yermo, donde ni el generoso latido del agua ni la agazapada hierba bienhechora; esperan los rojos vésperos del poniente.

El poeta dijo con sencillez de Génesis: "Nin rosñas brancas, nin craveles roxos..." y el paisaje, arrodillado en la austeridad desnuda del alba, lanzó al sol la carne hecha oro de sus tojos nupciales.